RELATOS

CHAI EDITORA

Deborah Eisenberg

RELATOS

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Deborah Eisenberg

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Publicado con el acuerdo
de Farrar, Straus and Giroux,
New York

*El traductor quiere agradecer
la inapreciable ayuda de
Manuel Duarte Inchausti
en el proceso de traducción
y corrección de este libro.*

Título original
*The Collected Stories
by Deborah Eisenberg*

© Del texto, Deborah Eisenberg, 2010

© De esta edición, Chai Editora, 2023

© De la traducción, Federico Falco, 2022

Diseño de tapa: Ese Estudio.

Foto de tapa:
Claudia Yáñez

Diseño del interior:
Daniela Coduto

Diseño de identidad web y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición en España:
Febrero de 2023
Primera reimpresión en España:
Marzo de 2023
Segunda reimpresión en España:
Mayo de 2023
Tercera reimpresión en España:
Mayo 2023

ISBN: 978-84-124982-6-4

Restos que flotan a la deriva

Hace un par de noches estaba tomando unos tragos con un amigo cuando al ver a dos mujeres en una mesa vecina me quedé sin habla justo a mitad de una oración. Las dos mujeres eran muy jóvenes y vestían tan a la moda que casi era doloroso mirarlas. Tomaban cerveza directamente de la botella e irradiaban una osadía e intrepidez completamente autoconscientes e inocultables, como si acabaran de entrar en algún tipo de desconcertante competencia y todos los ojos se hubieran posado sobre ellas.

"Tierra llamando a Charlotte", dijo mi amigo "¿Todo bien?"

"Sí, todo bien", le respondí. Y todo estaba bien aunque, por un momento que me había parecido eterno, había sido arrastrada hacia un periodo completamente olvidado de mi vida en el que yo también me había esforzado por adherirme a los escurridizos requerimientos de unas autoridades demasiado distantes.

En ese entonces acababa de llegar a Nueva York, justo después de separarme de un hombre llamado Robert. Al principio, con Robert todo había ido bien. Vivíamos en Buffalo, en la parte de abajo de una casa inmensa, y mientras él daba clases en la universidad, leía, y se encerraba en su escritorio a trabajar en su tesis, yo intentaba hacer crecer cosas en el pequeño pedazo de tierra que era nuestro jardín y trabajaba media jornada haciendo investigaciones para un profesor de Ciencias Políticas. Por la noche cocinábamos la cena juntos y a veces invitábamos a otras parejas de su departamento, y de vez en cuando íbamos a bailar, o al cine, y yo creía que Robert era feliz.

Pero después de un tiempo Robert pareció perder interés y, mientras él se alejaba y se alejaba, parte de lo que yo había sido se desprendió también de mí. Y mientras él más se alejaba, lo único que más y más me importaba era que Robert me amara, y no había absolutamente nada que yo no hubiera hecho con tal de ser la chica indicada para él. Pero aunque trataba de darme cuenta de cómo debía ser, mis capacidades para descifrar tales cosas parecían haberse alejado de mí tanto como se había alejado Robert. Así que mientras Robert parecía volverse cada vez más correcto y fastidioso —molestándose con facilidad por cada cosa que yo decía o hacía— yo parecía volverme cada vez más vulgar y desubicada e incluso empecé a sentir que mi altura casi de atleta que tanto había admirado Robert cuando recién nos conocimos, al disolverse su afecto, se había vuelto algo así como el producto de un descuido de mi parte. Y mi pelo largo y rubio, del que había estado tan orgullosa, me pareció de pronto infantil e insípido y no pasó a ser más que otra manifestación de lo inadecuada que había resultado ser yo para Robert. Y después de cierto tiempo una gran parálisis tomó cada área de mi vida y todo fue muy rápido, como si hubiera sido una enfermedad.

Un día, Robert y yo estábamos leyendo en el salón cuando de pronto me di cuenta de que él había dejado su libro a un lado y me miraba con el ceño fruncido. "¿Qué piensas?", le pregunté antes de lograr frenarme a mí misma.

"Nada", dijo él.

"Perdón", dije yo. "Discúlpame".

"¿Entonces para qué preguntas?"

"Perdón", volví a decir.

"¿Entonces para qué estás siempre preguntando? Todo el rato", dijo él.

Yo me quedé callada.

"¿Sabes qué?, dijo él. "Tú eres como *la masa devoradora*. ¿Recuerdas esa película, *The Blob*[1]? Eres protoplasma sensible, estás tan indiferenciada como puede estarlo un protoplasma sensible. Careces de atributos taxonómicos definidos".

"Robert", dije yo.

"¿Alguna vez tuviste un propósito?", dijo él. "¿Alguna vez tuviste deseos? ¿Alguna vez tuviste algo que podría ser descrito con exactitud como una reacción?"

Sentí algo raro en mis oídos y escuché mi propia voz diciendo "Tú siempre quieres que yo sea diferente. Quieres que sea otra persona, pero si no me dices qué es lo que quieres, ¿cómo puedo saber lo que tengo que hacer?"

"Por Dios", dijo Robert. Me miró y sus ojos se entrecerraron. Fue como si nos quedáramos atrapados en ese instante y empecé a sentir una especie de hormigueo desagradable en la nariz y supe que si no me alejaba pronto Robert iba a pegarme.

Salí con mucho cuidado, como intentando no sobresaltar a alguien que camina por una cornisa, fui en coche hasta la farmacia —donde había un teléfono— y, al final, conseguí que mi amiga Fran me ayudara.

"Quédate ahí", me dijo. "No te muevas. Voy a hacer un par de llamadas y vuelvo a comunicarme contigo".

Así que me senté en un pequeño banquito de madera y esperé. Una chica muy guapa de pelo oscuro entró a la farmacia, me quedé mirando cómo elegía un pintalabios, y me pareció alguien muy satisfecha consigo misma. Me pregunté qué me iba a pasar, qué iba a pasar conmigo. Después de un rato muy largo Fran volvió a llamar y me pasó el número de una persona llamada Cinder, vivía en Nueva York y buscaba alguien para compartir piso.

1 *The Blob,* película de 1958 dirigida por Irvin Yeaworth donde un organismo alienígena, similar a una ameba, aterroriza a un pequeño pueblo del noroeste de Estados Unidos. (N. del T.)

"Genial", dijo Cinder cuando me contacté con ella. "Estoy desesperada. La chica que vivía aquí desapareció hace un par de semanas y se llevó la mitad de mis cosas. O ex cosas, supongo que debería decir. Pero claro, ¿quién me manda a compartir piso con una yonqui? Y por supuesto me dejó plantada con todo el alquiler del mes pasado. Es una buena señal que llames hoy porque justo pensaba publicar un aviso, que es algo que no sabes lo que odio hacer, porque la mayoría de los que responden son esos tipos que dicen que se llaman Shirley y lo único que quieren es que los dejes entrar para quemarte la cabeza, o romperte el culo, o algo por el estilo".

"Me pasó tu número Franny Straub", dije yo. "Su amiga Lauren fue compañera tuya en una clase de diseño".

"Sí, sí, no importa", dijo Cinder.

"¿Podría mudarme esta noche?", pregunté atemorizada.

"Por supuesto", dijo Cinder. "¿Pero podrías traer efectivo como para pagar tu parte del alquiler?"

Nunca antes había estado en Nueva York y recuerdo con toda claridad la impresión que me causó el metro esa primera noche. Era como un gran dragón chino, chillón y festivo, rechinando y resoplando a través de sus destellantes cavernas. Y aunque ya era muy tarde, los vagones estaban llenos de gente. Se sentaban allí, todos juntos, y las expresiones de sus caras parecían aliviarse en ese subterráneo arrullo que los mecía entre sus diferentes puntos de embarque y de destino. Y tuve la sensación de que yo era la única que acababa de llegar a la ciudad.

Cinder bajó a recibirme y me ayudó a subir mi maleta por las escaleras. Se movía con una precisión abrupta y llevaba el pelo rubio cortado como si fuera un osito de peluche. "Cinder", dije yo, "qué nombre más interesante".

"En realidad me llamo Lucinda", dijo ella, "pero, bueno…" Abrió dos botellas de cerveza y me pasó una. "Y bienvenida a tu nuevo hogar, que es exactamente lo que mi maestra de séptimo grado

nos dijo a mí y a mis compañeros el primer día de clase, haciéndonos morir de miedo. Así que estás saliendo de una situación bastante fea, ¿no?"

"Sí", dije, buscando sin suerte algún vaso o copa alrededor. "Aunque no sé si era una situación exactamente fea". No sabía qué palabras usar para explicarle mi fracaso con Robert a una persona tan talentosa como Cinder.

"Sea como sea", dijo ella. "Mañana ya tendremos tiempo de hablar y hablar y hablar, pero ahora tengo que ocuparme de algo y, además, probablemente estés cansada y quieras dormir. Si mañana sales antes de que yo me despierte, deja tu parte del alquiler sobre la mesa de la cocina".

Cinder me otorgó un pequeño cuarto todo para mí sola, pero yo pasaba la mayor parte de mi tiempo en la cocina con ella y con chicos con los que ella se veía y con su amigo Mitchell. La mayor parte de mis pertenencias también estaban en la cocina —que tenía estantes y armarios y una bañera en la que se podían guardar cosas— y Cinder me había dicho que podía colgar de las paredes lo que a mí se me ocurriera. Por eso clavé con unas chinchetas, en el sitio de honor, presidiendo la mesa de la cocina, una fotografía que un día le había sacado a Robert en nuestro jardín. En la foto, Robert aparecía sonriendo: el simple instante, libre y de buen ánimo, en que Robert sonreía con una sonrisa que yo nunca iba a volver a ver.

El piso estaba en el East Village, y aunque hacía mucho que el barrio había perdido su fama, para mí todavía relucía. Cinder y Mitchell parecían sentirse muy cómodos allí. Gracias a una feliz combinación de drogas y gracia natural, Mitchell se movía con una languidez subacuática y su pelo negro tenía un brillo espectacular, como si estuviera glaseado. Y aunque él y Cinder eran muy diferentes entre sí, los dos se vestían con *collages* meticulosamente calculados hechos de prendas tanto de décadas pasadas como de un

futuro lejano. Como si fueran gemelos, cuando estaban juntos, su impacto individual crecía exponencialmente gracias a una similaridad —que, ahora entiendo, era estilística— sumada, por supuesto, a cualquiera que fuese la similaridad que sustenta toda belleza tan arrebatadora y autoconsciente como la que ellos poseían.

Cuando yo estaba junto a ellos me sentía torpe y espantosa, pero al mismo tiempo me daba la sensación, supongo, de que toda esa seguridad en sí mismos tenía el poder de protegerme, que mi propia cara y mi propio cuerpo aprenderían de ellos, y que, muy pronto, las cosas y las personas con las que me encontraba cambiarían, como habían cambiado para Cinder y Mitchell. En resumen, me daba la sensación, de que me volvería alguien apropiada para Robert.

Pero pasaron casi cinco meses, meses durante los que me senté en la mesa de Cinder debajo de la fotografía de Robert, y durante los que mi cara y mi cuerpo permanecieron exactamente iguales. Y después, un día, descubrí que yo me había vuelto una persona adecuada para alguien bastante diferente a Robert.

Todo pareció cambiar en ese momento, pero en realidad creo que las cosas ya habían estado cambiando y cambiando a lo largo de varios días y, tal vez, lo que con el tiempo se presenta como información, primero siempre aparece como si fueran solo fragmentos sin sentido, desechos y restos flotando en el mar, a la deriva, hasta que crecen y se acumulan y se vuelven evidentes, y uno por fin los advierte y se da cuenta de que son algo, algo que se ha ido construyendo poco a poco. Sea como sea, hubo un día que empezó como cualquier otro y yo fui a trabajar a la oficina donde había conseguido un puesto como secretaria, y cerca de la hora del almuerzo me llamó Cinder. Estaba en su tienda, un lugar diminuto, justo a la vuelta de la esquina de nuestro piso, donde vendía ropa, prendas usadas y otras que diseñaba y fabricaba ella misma. Cinder estaba en medio de una rabieta porque acababa de tener

una breve pero intensa discusión con John Paul, un hombre con el que por entonces salía. "¿Podrías venir?", me dijo. "Te necesito".

Siempre me dejaba de lo más asombrada y complacida que yo fuera la persona en quien Cinder confiaba y que fuera a mí a quien le pidiera ayuda, pero cuando llegué a la tienda ese día Mitchell ya estaba allí, tirado en el sillón, y Cinder se reía a carcajadas. "¡Charlotte!", dijo. "Entiendo lo que puedas estar imaginándote pero te aseguro que cuando vino Mitchell yo estaba hecha un completo desastre, ¿o no, Mitchell? Entonces él me pasó unas hierbitas de lo más bonitas que me recompusieron en un instante. ¿Pero sabes qué se me acaba de ocurrir? Me estoy muriendo de hambre. Podríamos comprar unos *pierogi*. Y, ¿sabes qué?, acabo de aprender algo muy interesante sobre los hombres: cuanto más atractivos son, más kilos te hacen subir. ¡Por Dios! ¿Por qué no puedo ser una de esas cositas todas temblorosas que cuando algo va mal apenas picotean su comida? Ay, Charlie, ¡cuánto me gustaría ser esbelta y delgada como lo eres tú!"

"Tú eres esbelta y delgada", dije. "Yo soy grandota y huesuda, como el esqueleto de un dinosaurio en un museo".

"El esqueleto de un dinosaurio", lentamente Mitchell me situó en el centro de su mirada y yo comencé a sentir que me flaqueaban las piernas. "Hacía muchísimo tiempo que no pensaba en el esqueleto de un dinosaurio", dijo.

"Mitchell, querido mío", dijo Cinder, y se sentó detrás de él, para masajear sus hombros. "¿Qué tendría que hacer para lograr que vayas hasta el restaurante de al lado y nos consigas unos *pierogi*? Algo así como tres porciones, con ración extra de crema agria, por favor. Estoy *famélica*".

"Esa ayudita con la que logré reanimarte medio como que absorbió por completo mi liquidez", dijo Mitchell.

"Yo tengo dinero", dije, y le pasé un billete de diez.

Cuando Mitchell se fue, Cinder me contó sobre su pelea con John Paul. "Me llamó y me dijo que no iba a poder ir al concierto

mañana y yo le pregunté por qué y él me dijo que por una cosa de trabajo pero ¿cómo puedo creerle después de todo lo que ha pasado, Charlie? Así que él dijo que sí, que había una chica de por medio, y entonces yo me enfadé de una manera realmente increíble y, por supuesto, él terminó diciendo que lo mejor era que no nos siguiéramos viendo. Y la verdad, querida Charles, es que a mí todo lo de estas *chicas* realmente no me importa en lo más mínimo. Dios me libre, no estoy para nada en una posición como para quejarme por algo como eso. Es solo que cuando me dice esas cosas me hace sentir como… como una *esposa*, pesada y llorona y medio gagá, una vieja bruja. Pero lo peor es que, de acuerdo a como yo lo veo, inconscientemente, todo esto de alguna forma tiene que ver con una venganza. Estoy segura de que en realidad todo esto es por lo de Arthur".

"¿Arthur?", pregunté yo.

"Seguro te acuerdas", dijo ella. "Ese chico que conocí en la fiesta a la que fuimos con John Paul la semana pasada. ¡Ah! ¡Fabuloso!", le dijo después a Mitchell que justo entraba cargando montañas de *pierogi*. "Lo que no entiendo es cómo puede molestarle tanto lo de Arthur. Es un chico bastante aburrido, casi estúpido y tampoco es alguien particularmente guapo. De hecho, no tengo idea de por qué lo hice. Como una forma de reafirmarme, supongo. Charlie, sírvete un poco de *pierogi*", dijo y me tendió uno, clavado en la punta de un tenedor de plástico.

"No, gracias", dije yo.

"¿De verdad?", dijo Cinder. "Mmm ¿Mitchell?"

"Nada de comida para mí", dijo Mitchell.

"¡Eh! ¿Qué vamos a hacer con toda esta mierda entonces?"

Miró el plato de *pierogi* e hizo un gesto de impotencia. "Sea como sea, no me molesta para nada que a John Paul le gusten las mujeres. Ya sé que le gustan las mujeres".

Había algo inexacto, me pareció, en esa expresión: "le gustan las mujeres". Algo pasaba, algo que incluso yo podía ver, entre John Paul y

las mujeres, algo que no tenía nada que ver con lo que él pudiera pensar sobre ellas. Hacía solo un par de noches, él, Cinder y yo estábamos en la cocina charlando y en un momento John Paul apoyó su mano sobre mi brazo, en la parte superior, a la altura en la que una usaría uno de esos brazaletes tipo esclava. Más tarde, en mi cuarto, cuando me desvestí para acostarme, me miré en el espejo esa parte del brazo, incluso antes de recordar qué había causado que me ardiera de esa manera.

"¡Pero, por favor!", le dijo Cinder a una cucaracha que paseaba entre las porciones de *pierogi*. "Dios santo, este lugar es un basurero".

"Disculpen, ¿está abierto?", preguntó una chica con una falda muy corta, parada en la puerta, dudando entre si entrar o no.

"Claro que sí, adelante", dijo Cinder. "Mira todo lo que quieras. Sírvete unos *pierogi*".

"Gracias pero mejor no", dijo la chica mirando los *pierogi* de reojo. "Estoy a dieta. Qué extraños", dijo acercándose. "Parecen como muy pálidos, ¿no? ¿Qué son exactamente?"

"Un gusto adquirido", dijo Mitchell recostado en el sillón y cerrando de nuevo los ojos.

La chica nos miró uno por uno.

"Bueno, supongo que en el fondo todo los gustos deben ser gustos adquiridos, ¿no?", dije nerviosa. "Es una expresión un poco confusa. O por lo menos a mí me confunde".

"Yo en lo personal nunca tuve ni un solo gusto que no haya adquirido en algo así como un microsegundo", dijo Cinder mirando sin el menor disimulo a la chica que, bajo su escrutinio, retrocedió un poco. "Además, ¿por qué estás a dieta? No necesitas perder peso. ¿Qué opinas, Mitchell?"

La chica miró a Mitchell. Él parpadeó un par de veces y dejó ver sus excepcionales ojos verdes, se quedó mirando a la chica por un momento antes de que el esbozo de una sonrisa apareciera en su cara. Entonces la chica también empezó a sonreír, pero enseguida se mordió el labio y bajó la mirada.

"Hoy todo está a mitad de precio", dijo Cinder.

"Qué bien", dijo la chica con tono neutro. Miró de nuevo a Mitchell y después se giró y, dándonos las espalda, se puso a revisar con rítmica precisión la ropa que colgaba de los percheros. Me pregunto por qué nos quedamos mirándola de esa manera. Era una situación terriblemente incómoda.

"Ese vestido azul pavo real te quedaría super bien", dijo Cinder.

"¿De verdad?", dijo la chica. "¿Este?"

"Me estás tomando el pelo, claro que ese", dijo Cinder. "Con esas piernas que tienes. La luz del vestidor está rota, pero puedes probártelo por encima de tu ropa".

"¿Ves? Te queda perfecto", dijo Cinder. En contraste con el azul brillante del vestido, las piernas de la chica irradiaban un resplandor acaramelado, como si nunca antes hubieran sido expuestas a la luz del sol.

"Es bonito", dijo la chica, mirando su propia imagen acercarse al espejo. "Pero es demasiado… La verdad es que no sé si podría ponérmelo".

"Lo que necesitas es acompañarlo con algo como esto", dijo Cinder, y se sacó uno de sus aros y lo engarzó en la oreja de la chica.

"Mmmmm", le murmuró la chica al espejo, con el cual parecía casi haber establecido un vínculo íntimo.

"¿Sabes qué estoy pensando, Cinder?", dijo Mitchell. "Eres tú la que debería usar ese color, te quedaría bien". El reflejo de la cara de Cinder flotaba detrás de la imagen de la chica en el espejo.

"Me gusta mucho este vestido", dijo la chica. "Es muy bonito. El tema es que solo estoy buscando algo para salir a cenar con los padres de mi novio".

"Yo tenía un novio", dijo Cinder. "Tuve novio hasta hace una hora o algo así".

"¿De verdad?", dijo la chica. "¿Acabas de separarte?"

"Separarse", dijo Cinder. "Fantástico" y le contó a la chica toda la historia. La contó con tanto entusiasmo como si fuera la primera

vez que lo hacía. "Y entonces viene y me dice que en realidad ni siquiera le importo", explicó Cinder.

"¿Dijo que no le importabas?", pregunté yo.

"No con esas palabras, pero eso era lo que quería decir", dijo Cinder.

"Pero a lo mejor quería decir otra cosa", dije yo.

"Yo sé lo que quería decir, Charlotte. Lo conozco. Cuando una está enamorada de alguien, entiende lo que el otro quiere decir".

"Qué horror", dijo la chica, y miró a Cinder con los ojos muy abiertos. "A mí una vez me pasó".

"Entonces puedes entenderme", dijo Cinder.

"Te entiendo perfectamente", dijo la chica.

Cinder retrocedió un poco y se quedó mirando a la chica un rato largo. "Me encantaría que te llevaras este vestido", dijo finalmente. "Serías una gran manera de publicitar mis creaciones. Pero bueno, las cosas como son. Quiero decir, ¡son los padres de tu novio! No durarías ni un segundo, te despacharían al instante por la puerta trasera, atada y amordazada".

"Bueno", dijo la chica mirándose en el espejo.

"A ver", dijo Cinder girándose hacia mí. "Charlie, ¿te pondrías ese vestido para ir a casa de los padres de tu novio?"

"¿Tú qué opinas?", le preguntó la chica a Mitchell. "¿Cómo reaccionarías si llego con este vestido?"

"Me volvería loco", dijo Mitchell sin moverse, seguía tirado en el sillón y con los ojos cerrados. "Perdería completamente el control".

"Bueno, puede que incluso yo también", dijo la chica examinándose una vez más en el espejo. "No creo que a Jeff le importe. Y, la verdad, sus padres son gente bastante desagradable. De hecho su hermana acaba de volverse loca. Intentó acuchillar a su marido con un par de tijeras para las uñas y tuvieron que encerrarla. Y de todos modos, si no lo uso para la cena, me lo puedo poner en alguna otra ocasión".

"¡Mierda!", dijo Cinder. "Me acabo de dar cuenta, este es el que tiene la costura torcida".

"¿Dónde? No lo noto", dijo la chica.

"Sea como sea, no me gustaría que nadie saliera a la calle con algo así. Por qué no vuelves la semana que viene. Voy a hacer algunos más. Acabo de conseguir una tela de un color bronce amarronado que te quedaría fabuloso".

"Pero en serio me gusta este azul", dijo la chica.

"Sí, pero lamentablemente ya no me quedan más", dijo Cinder.

"Qué chica más simpática", dijo Cinder una vez que la chica se había ido. "Y era guapa de verdad, ¿no? Ojalá le vaya bien con ese novio".

"¡Simpatiquísima!", dijo Mitchell y dejó escapar una risita. "¡No!", chilló después, retorciéndose, cuando Cinder trepó al sillón y se puso a hacerle cosquillas. "Estoy demasiado fumado".

"¡No puedes ser más cínico!", dijo Cinder. "¿O no, Charlie?"

"Sí", dije. "Cinder, ¿cómo sabías que el vestido le iba a quedar bien a esa chica?", pregunté.

"Bueno, es todo un tema", dijo Cinder y soltó a Mitchell para dedicar su completa atención a la pregunta. "Siempre me doy cuenta. Siempre tengo razón acerca de cómo se viste la gente y cómo le quedaría algo diferente. Eso, por supuesto, solo si se trata de alguien de por sí interesante. Y la verdad, por más horrible que sea, puedo darme cuenta porque, en el fondo, soy terriblemente envidiosa".

"¿Qué quieres decir?", le pregunté.

"Es verdad", dijo ella. "La envidia es una especie de herramienta que tengo para observar a la gente, y ahora John Paul es algo así como mi lente especial. Es como si mirara a todas las mujeres a través de sus ojos y enseguida sé qué hay en ellas que a él le llamaría la atención. Es terrible. Me encuentro completamente subyugada a su manera de mirar".

"¡Pero ese es un talento maravilloso!", dije.

"No es para nada un talento, Charlotte", dijo ella. "Es un *castigo*". Parecía estar furiosa.

"Cinder", le dije al cabo de un rato, "¿Podrías, alguna vez, vestirme a mí?… ¿Hacer que me parezca… no sé, a esa chica?"

"Pero tú no quieres parecerte a ella, Charlie, cariño. Mitchell tiene razón. Era una chica de lo más anodina. Y tú no quieres parecerte al resto de la gente. Para nada. Tú tienes tu propio estilo".

"Sí, ya sé", dije. "¿Pero no podríamos corregirlo un poco?"

"Tienes un potencial increíble, Charlie", dijo Cinder. "Podría pasarme horas encargándome de tu estilo. Está bien. Es un buen plan. Lo voy a hacer. Todo, completo… ropa, pelo, cara…"

"Por favor no le toques el pelo", la voz de Mitchell se acercó flotando a nuestra conversación con una languidez de otro mundo. "Es tan suave".

"Es suave, sí, pero necesita un corte nuevo o algo por el estilo", dijo Cinder.

"Como Big Bird[2]", murmuró vagamente Mitchell.

"Está dormido", dijo Cinder.

"Cinder, ¿puedo probarme el vestido azul?", pregunté.

"Ay, hoy no, por favor, Charlie", dijo. "Estoy destruida. Y seguro que tú también estás cansada: te retuve aquí todo este tiempo. Mitchell, ¿me acompañarías a algún lado a emborracharme y hacer papelones? Y después hasta podrías incluso aprovecharte de mí, si te da el estómago". Los ojos de Mitchell permanecieron cerrados. "Bueno, no importa", dijo Cinder. "Era una broma".

"Me voy entonces", dije yo y me paré. "Nos vemos más tarde en casa".

2 Personaje de *Sesame Street* (conocido como *Plaza Sésamo* o *Barrio Sésamo* en diferentes países de habla hispana). Es un pájaro antropomórfico de color amarillo brillante, originalmente diseñado por Jim Henson, creador de *Los Muppets*. (N. del T.)

"¿Necesitáis un par de cucarachas extra en tu oficina?", me preguntó Cinder. Un enjambre se había apoderado del plato de *pierogi* a nuestros pies.

Cuando volví a la oficina, me senté y me quedé ahí sin poder evitar que mi mente volviera una y otra vez a la tienda de Cinder. ¿Por qué estaba tan triste? Después de todo, Cinder había dicho que yo era alguien más interesante que esa chica resplandeciente.

"¡Arriba las manos!", dijo de pronto una voz a mis espaldas.

"Ah, hola, señor Bunder", dije, y me di cuenta de que con mis manos me estaba tocando el pelo… Bueno, era cierto, lo *tenía* suave.

"¿Por dónde anda esa cabecita? ¿En la estratosfera?". Mientras el señor Bunder se sentaba en la esquina de mi escritorio, la tela de sus pantalones se apretó contra sus muslos. Parecía algo horriblemente incómodo, pero yo no podía dejar de mirar.

"No logro concentrarme, supongo", dije.

Él se inclinó hacia mí. "¿Te gustaría salir a tomar algo?"

"¿Ahora?", pregunté. El señor Bunder tenía los ojos sonrosados y un poco fuera de foco, como si acabara de tomarse un trago.

Nos sentamos uno al lado del otro en un reservado cerca de la barra. "Así que estás preocupada por tu compañera de piso", dijo él.

"Sí. O no, bueno, no exactamente preocupada". Qué complicado era encontrar la manera de decirle algo a alguien. "Aunque, en realidad sí, un poco. Tiene estos terribles dolores de cabeza, pero yo creo que son debido a la tensión en la espalda. Está enfadada con un hombre con el que estaba saliendo".

"Bueno, a lo mejor puedo darme una vuelta por allá y revisar esa espalda, soy muy bueno dando masajes". El señor Bunder me dio una palmadita en el brazo. "Pero hablando en serio", dijo. "Hay un montón de tipos sin la más mínima sensibilidad dando vueltas por ahí. Se meten con alguna pobre chica, eso sí que le levanta el ego

a cualquiera. Después encuentran algo un poquito mejor. Alguna belleza deslumbrante ahí sentada en la barra, relamiéndose mientras espera. Mujeres preciosas desesperadas por conseguir algo de cariño. En esta ciudad las hay por docenas". Hablaba y no dejaba de mirar a su alrededor. Me pregunté si me habría sentado demasiado lejos de él y si eso lo habría ofendido. O también podía ser que me hubiera sentado demasiado cerca y que para el señor Bunder fuera incómodo.

"Voy a conseguir un par más de estos", dijo. "Te gustan las aceitunas, veo". Sostuvo su aceituna delante de mi boca y yo me la comí dando un saltito, como si fuera una foca. Por un momento tuve la sensación de que me estaba muriendo de hambre pero después me acordé del plato de *pierogi* cubierto de cucarachas y perdí el apetito por completo.

"Entonces, ¿qué fue lo que te trajo a Nueva York?", me preguntó el señor Bunder.

"Ah", dije. ¿Qué me había traído a Nueva York? "Vivía con alguien en Buffalo y me separé".

"Un matrimonio fallido, por lo que veo", dijo el señor Bunder. "Una lástima".

"No estábamos casados. Solo intentamos convivir". Revolví en el interior de mi mente buscando algo que al señor Bunder pudiera interesarle. "Él era profesor adjunto en una cátedra". El señor Bunder parpadeó. "Bueno, aunque tampoco nos separamos por eso", dije. "No éramos muy compatibles".

"Supongo que no", dijo el señor Bunder. Suspiró y volvió a mirar alrededor y con su vaso dio un golpecito sobre la mesa.

"¿Usted alguna vez estuvo casado?", le pregunté, solo para ser amable.

"¿Si lo estuve? Sí, lo estuve. Estoy casado". Me pregunté si debía levantarme e irme. El señor Bunder no parecía estar pasándolo bien.

"Sabes qué", dijo él reanimándose un poco, "te pareces a esa actriz, cómo es que se llama… Meryl Streep. ¿Sabías eso? Sobre

todo en la boca, la parte de abajo, algo en esa zona. ¡Aceituna! ¡Aceituna!" El señor Bunder sostenía su aceituna frente a mi cara pero en ese momento yo estaba concentrada en empujar un pequeño glóbulo de agua que se había formado sobre la mesa. Intentaba empujarlo desde uno de los lados de mi vaso hacia el otro, sin romperlo.

"¿Cuál es el problema?", me preguntó el señor Bunder. "¿Necesitas otro trago?"

"No, gracias, ya estoy borracha", dije, sorprendida. "Estoy toda transpirada".

"¡Genial", dijo el señor Bunder. "Bueno, tal vez ya sea hora de que te vayas a tu dulce hogar y veas cómo está tu compañera de piso. Voy a conseguirte un taxi antes de que caigas desmayada".

"Gracias, señor Bunder", dije cuando ya estábamos afuera.

"Llámame Dickie, por favor", dijo. "Cuando una chica como tú me llama señor Bunder pienso que están hablando de mi padre".

Tuve ciertos problemas para poder pasar junto al señor Bunder y subir al taxi que me había conseguido. O tal vez el señor Bunder también planeaba subirse. "¿Quiere que lo compartamos?", le pregunté.

"Gracias, preciosa, pero creo que me voy a quedar un rato más por aquí, a ver si a alguna de las señoritas en el bar le interesa dejarme pasar la noche mojando el churro".

El señor Bunder había tenido un gesto bonito al invitarme. Se debió haber dado cuenta de que yo también necesitaba compañía. Me dio un poco de lástima verlo volver solo al bar. Estaba tan tierno y rosadito en ese traje todo rasposo. Visto desde atrás parecía moverse con cierta agitación entusiasta, como si fuera objeto de impulsos antagónicos. Era como si uno de esos perros que se usan para buscar trufas volviera al trabajo después de un breve recreo.

"¿Dónde estuviste, Charles?", me preguntó Cinder. "Estaba desesperada".

"El señor Bunder me invitó a tomar un trago", dije.

"¿El señor Bunder?", dijo ella. "¿La gente sigue usando la palabra 'señor'? Ah, cierto. El señor Bunder es uno de esos cerdos para los que trabajas, ¿o me equivoco?"

"Sí", dije. "Bueno… quiero decir… Ay, Cinder, tengo una duda, ¿qué significa 'mojar el churro'?"

"¿Qué cosa? ¿Cómo voy a saberlo?", dijo Cinder. "Por Dios santo, ¿dónde escuchaste una mierda como esa? No importa, préstame atención. Necesito tu ayuda. Si hubieras llegado media hora más tarde probablemente me hubieras encontrado en medio de un charco de sangre y con un machete clavado entre las costillas". Me miró por un instante con cara de nada. "*Entre* las costillas, ¿es así como se dice? Me suena mal. *Entre las costillas, en* las costillas. ¿No te parece que entre las costillas suena como si solo tuviera dos costillas? Es como cuando la gente dice 'tengo algo entre los dientes'… 'Se me quedó algo entre los dientes' ¿no te suena como si solo tuvieran dos dientes? Creo que tendrían que decir, 'se me quedó algo *en* los dientes'. Bueno, ahora que lo pienso eso tampoco suena del todo bien, porque es rarísimo pero a uno solo se le puede quedar algo atrapado ¡*entre dos dientes*!"

"¿Qué pasó, Cinder?", le pregunté.

"¿Qué pasó con qué?", dijo ella. "¡Ah!"

Al parecer había vuelto a llamar a John Paul y John Paul había accedido a venir a verla, pero después Cinder se acordó de que ya había quedado para verse con alguien más.

"Oh", dije y la miré. "Y por qué no llamas a John Paul y le dices que te equivocaste y que no puedes verlo esta noche".

"Charlotte, estamos hablando de John Paul", dijo.

"Bueno, ¿entonces por qué no llamas al otro chico?"

"Mmmm. No había pensado en eso", dijo Cinder. "Bueno, tampoco puedo llamarlo, ni siquiera sé su nombre".

"¿No sabes su nombre?"

"Es un chico que conocí en la calle, un puertorriqueño, o algo así".

Mientras nos mirábamos la una a la otra, muy concentradas, sonó el timbre.

Las dos nos agachamos junto a la puerta, yo muy cerca del cuerpo de Cinder, que espiaba por una hendidura. Ella me empujó hacia atrás, pero llegué a ver a un chico muy joven, moreno y buen mozo, con una camisa recién planchada. "Mierda", susurró Cinder.

"¿Cuántos años de diferencia tiene que haber para que alguien sea más mayor que otra persona?", escribí en un pequeño bloc de notas que siempre teníamos a mano para hacer la lista de la compra.

"4 años si + joven el hombre 2 si + joven la mujer", me respondió Cinder en el mismo papel. "¿Y qué?"

Nos sentamos debajo de la fotografía donde Robert parecía tan feliz y nos quedamos completamente quietas escuchando los pasos que iban y venían por el pasillo y el timbre que volvía a sonar, y después, mientras Cinder y yo nos mirábamos horrorizadas, un segundo par de pasos que empezó a escucharse subiendo por las escaleras. Pero fue la voz de Mitchell la que llegó hasta nuestros oídos, no la de John Paul, y Cinder y yo suspiramos aliviadas.

"Hola", dijo Mitchell del otro lado de la puerta. "¿Te puedo ayudar en algo?".

"Soy amigo de Cinder", dijo el extraño. "Supuestamente nos veíamos esta noche, pero al parecer no está en casa".

"Qué raro", dijo Mitchell mientras Cinder ahogaba un suspiro entre sus manos. "Me dijo que no pensaba salir".

"Bueno, si la ves avísale que Héctor pasó a buscarla", dijo la otra voz.

Me estiré para espiar y pude ver a los dos hombres caminando juntos hacia las escaleras. Qué atentos que eran los hombres entre ellos, qué frágiles y confiados. En eso pensaba cuando escuché una

explosión de risas escapar de detrás de las manos de Cinder, y los dos hombres, en perfecta sincronía, se sobresaltaron y se giraron hacia la puerta. "¿Qué fue eso?", dijo Héctor.

Después de un momento de completa quietud a ambos lados de la puerta, los dos hombres empezaron a considerar la posibilidad de que hubieran entrado ladrones, o de un escape de gas, o tal vez una sobredosis, y Mitchell decidió subir a la terraza para bajar a la habitación de Cinder por la escalera de incendios. "Si no te abro la puerta en más o menos quince minutos", le dijo a Héctor, "supongo que tendrás la que tirar abajo o algo".

Cinder y yo gateamos en silencio en dirección a su cuarto. "Esto es una catástrofe", dijo Cinder.

"Sí, lo es", dije yo.

"Y Mitchell es tan bueno, ¿no?", dijo Cinder. "Tomarse el trabajo de subir a la terraza. Es bastante complicado. Ya lo hizo una vez cuando sin querer tiré mis llaves por el váter en una de esas fiestas ridículas".

"¿Por qué hiciste algo así?".

"Bueno, quiero decir, no fue a propósito. Pero él es de las personas que hace este tipo de cosas".

"No creo que hubiera subido a ninguna terraza por mí", dije.

"¿Mitchell no es bueno contigo?", dijo Cinder. "Dios santo, si alguna vez lo llego a ver no siendo bueno contigo lo voy a moler a palos hasta dejarlo totalmente sin sentido. Quiero decir, como todo hombre demasiado guapo, yo sé que a veces puede ser un poco creído. Las mujeres somos diferentes", dijo. "Nosotras fuimos criadas para saber cómo sobrellevar ser guapas, pero a esos hombres guapos de verdad, por lo general, los crían como si fueran flores de invernadero y nadie les enseña qué hacer con ese tema. Se vuelven hiperconscientes de todo su potencial para… bueno, ya te imaginarás, de su potencial para el daño, y eso los vuelve un poco acartonados. Hay un montón de ese tipo de hombres que ni siquiera le pueden hablar

a una mujer a no ser que ella también sea absolutamente preciosa. Es como la gente rica o la gente famosa: prefieren juntarse solo con gente que también sea rica o famosa, así por lo menos a ese nivel todos se entienden y nadie tiene que preocuparse por cuáles son las intenciones del otro".

Por lo general disfrutaba cuando Cinder me enseñaba cosas, pero ese día todo lo que decía me hacía sentir peor. No estaba bien que llamara cerdo al señor Bunder sin ni siquiera conocerlo. Por supuesto que si lo conociera seguro que también lo llamaría así. Robert también lo habría hecho. Excepto que él, seguramente, hubiera pensado que llamar cerdo a alguien es algo muy estúpido. Y si me pongo a pensarlo, a Robert seguramente no le hubiera caído bien Cinder, ni siquiera un poquito. Y a Cinder no le hubiera caído bien Robert. Sea como sea, el señor Bunder siempre fue bueno conmigo.

"Y los hombres como Mitchell siempre están preocupados por algo, ¿sabías eso?", me estaba diciendo Cinder. "Les da miedo que si se acercan demasiado a una mujer que no es lo suficientemente guapa, eso de alguna manera los contamine o los desenmascare. Les da miedo que por lo único que valgan sea por su propia belleza, y que eso tampoco valga mucho. Les da miedo que su belleza exterior no le haga justicia a su verdadera fealdad interior. Les preocupa que algún día van a dejar de ser guapos. Todo ese tipo de cosas. ¡Gracias a Dios John Paul no es así! A él le encanta ser guapo. Él cree que se *merece* ser así y que él es algo así como un regalo preciado para cualquiera que se lo cruce por ahí, ya sea un borracho en la esquina, una mujer con cochecito, el chico que atiende en el almacén, cualquiera".

La pequeña marca que John Paul había dejado en mi brazo, esa marca que me reclamaba como alguien de su propiedad, revivió por un instante, justo cuando Mitchell saltaba por la ventana. "Por favor, no se levanten", nos dijo. "Solo pasaba un momento".

"Ay, perdón", dijo Cinder. "Mas tarde te voy a explicar todo, pero ahora, por favor, por favor, tienes que salir de inmediato y evitar que ese chico haga algo verdaderamente estúpido".

"¿Cuándo se supone que llega John Paul?", le pregunté a Cinder después de que hubiera terminado de despachar a Mitchell.

"Enseguida", dijo Cinder. "Ya debería haber llegado, pero siempre se retrasa. O a lo mejor ni siquiera viene".

"Seguro que va a venir", dije. Me hubiera gustado abrazarla con la misma facilidad con la que ella me abrazaba cuando yo le hablaba sobre Robert, pero solo pude quedarme sentada ahí a su lado, con las manos sobre mi falda.

"Sabes lo que creo", dijo. "Creo que ya entiendo por qué los hombres me tratan tan mal. Es el karma. En serio pienso que es mi karma".

A mí también me vendría bien entender algunas cosas sobre los hombres. Entender, por ejemplo, que los que te dicen que te pareces a Meryl Streep en realidad quieren decir que para ellos no eres demasiado atractiva pero que tal vez para otros hombres sí lo seas. Entender que los hombres que te dicen que te pareces a Big Bird o a un esqueleto de dinosaurio están diciendo que no creen que seas atractiva para absolutamente nadie.

"Tienes suerte de ser tan buena", dijo Cinder. "Los hombres te van a tratar realmente bien en tu próxima vida".

"¿Sabes qué?", dije después de un momento. "Me parece que Mitchell y Héctor están en la cocina".

"¡Por Dios!", dijo Cinder. "Tienes razón. ¿Qué está haciendo Mitchell? ¿Se ha vuelto loco?".

"¿Está al tanto de que tal vez venga John Paul?", pregunté.

"¡Ay!, creo que no llegué a decírselo", Cinder aspiró aire a través de sus dientes. "Bueno, Charles", dijo, "me temo que ahora todo queda en tus manos".

"¡No! ¿Qué quieres decir? ¡No puedo!".

"Tienes que poder, Charlotte", dijo Cinder.

Cerré con mucho cuidado la puerta del dormitorio de Cinder y les expliqué a los dos hombres, que estaban cómodamente sentados tomando una cerveza en torno a la mesa de la cocina, que Cinder necesitaba que la dejaran sola. "Dice que se siente como… como si tuviera un machete clavado en la cabeza".

"Debe ser un tumor cerebral", dijo Mitchell y bebió un trago.

"¿Tendríamos que llamar a un médico?", me preguntó Héctor. De cerca, parecía mucho más macizo de lo que me había parecido a través de la puerta. No debía tener más de veintiún o veintidós años. "¿O llevarla a un hospital?".

"No", dije. "Siempre le pasan estas cosas. Lo único que necesita es descansar".

"Sí, supongo que sí. A ver…" dijo Héctor. Escribió algo en un pedazo de papel y me lo pasó. "Este es mi número de teléfono. ¿Podrías pedirle que me llame cuando se encuentre mejor?".

Una vez que bajamos las escaleras, Mitchell hizo un gesto de saludo con la cabeza y se alejó en dirección opuesta, así que no me quedó más opción que caminar junto a Héctor. Hubiera querido decirle buenas noches y despedirme de él, pero estábamos en medio de la manzana y si le hubiera dicho buenas noches en ese momento tendría que haber seguido con él hasta llegar a la esquina, lo que habría sido un poco raro, o tendría que haber dado media vuelta y caminar justo en la dirección de la que veníamos, lo que habría quedado… bueno, también habría quedado raro. Así que decidí que iba a decirle buenas noches cuando llegáramos a la esquina.

Pero cuando llegamos, Héctor se giró hacia mí. "¿Quieres ir a comer algo?".

¡Ir a comer! Me había puesto a caminar a su lado solo para alejarme del piso. "Me parece que mejor no", dije, y me giré para mirarlo. "Gracias, igual… Aunque la verdad es que me muero de hambre".

"Entonces vamos", dijo Héctor. "Conozco un buen lugar aquí a un par de calles".

Qué comerán los puertorriqueños, me pregunté mientras caminaba junto a Héctor. Pero el restaurante al que entramos era un italiano con fotografías de puertos y de flores y de actores famosos superponiéndose sobre las paredes, y manteles y botellas de vidrio tapadas con corchos y llenas de vino tinto esperando sobre las mesas alrededor de las que se sentaban hombres corpulentos y muy bien vestidos y mujeres despampanantes y todo el mundo hablaba y se reía. Me pareció, de hecho, como si cada mesa fuera un pequeño bote, meciéndose en el alboroto de una vida de placer.

Nos sentaron en una mesa y Héctor pidió que nos trajeran copas para el vino y un gran plato de vegetales —una cosecha completa frita en aceite— y me sentí como si nosotros también hubiéramos levado anclas y nos hubiéramos lanzado a navegar por esas aguas abiertas.

Pero después me puse a mirar demasiado fijamente la cadena dorada que colgaba del cuello de Héctor. ¿Cómo había terminado en un lugar como ese y con una persona como él?, me pregunté. Además, los eslabones se apoyaban sobre su cuello con tanta elegancia y seguridad como si fueran una raya en el pelaje de un animal extraño. "Qué pena lo de Cinder", dije.

Héctor apartó la mirada. "A todos nos duele la cabeza de vez en cuando", dijo.

¿Qué quería decir? "De hecho", dije, "ahora mismo a mí me duele la cabeza. Debe ser porque esta tarde me emborraché un poco".

"¿Esta tarde?", preguntó Héctor.

"Fue un error", dije.

"Ah", dijo Héctor. "Entonces, ¿ese era el novio de Cinder?"

"¡No, no!, ¡De ninguna manera! Mitchell es un amigo. Bah, en realidad nunca antes lo había pensado, pero puede ser que Cinder

le guste… ¿pero sabes qué?", las palabras salían solas, sin darme la posibilidad de pensar en ellas antes de pronunciarlas, "no creo que a Mitchell le interesen las mujeres o, por lo menos, tener historias con mujeres". ¿Por qué había dicho algo como eso? Héctor seguramente quería hablar sobre Cinder, no sobre Mitchell.

"Mi primo era así", dijo Héctor. "Le gustaban las chicas, de verdad, pero no quería nada de novias. No era que le gustasen los chicos, como a otros, pero iba de *drag queen* todo el tiempo. Vestidos bonitos, ropa interior de seda, todo eso. Una buena persona, todos lo queríamos, pero de largo era el más raro de mi familia".

El camarero apartó un poco nuestros vegetales para hacer espacio a grandes platos con pasta y salsa.

"¿Qué le pasó?", pregunté, "a tu primo".

"Nada, está bien", dijo Héctor. "Ya no lo hace más, lo superó, era algo de adolescente, una fase. Aunque tampoco sale mucho con chicas. Ey, esto está muy rico, ¿no? Ahora es profesor de educación física en Pittsburgh".

Tardamos un rato bastante largo en comer nuestros platos de espaguetis, y Héctor me contó más cosas de su familia. Sonaba como si se quisieran mucho. Y también me contó de una clase de Teoría de la Información que estaba cursando. "¿Estás estudiando?", me preguntó.

"Ya terminé. Creo que te llevo unos años", lo miré directo a los ojos. Quería asegurarme de que no pensara que yo intentaba parecer alguien de su edad, que el hecho de que él fuera muchísimo más joven que yo no era algo que me importara. Después de todo, era para Robert para quien yo no era suficiente.

"¿Postre y café?", preguntó el camarero antes de que Héctor pudiera decir nada. "¿O ya no tienen hambre?".

"Perfecto", dijo Héctor y señaló mi plato mientras el camarero se lo llevaba. "Comiste bastante para ser una chica", dijo.

Cuando terminamos, Héctor me preguntó si me gustaría ir a bailar.

Por un instante, la imagen de Robert tomó posesión de todo el aire frente a mí. Robert con sus pies sobre el escritorio, reclinándose hacia atrás y sonriendo. "¿Halagada?", me preguntó.

"¡Oh, no!", dije.

"Qué lástima", dijo, "conozco un buen lugar en el Uptown".

"No", me paré rápido. "No quería decir que no tengo ganas de ir a bailar… Quiero decir… no quiero no ir a bailar" Respiraba con fuerza mientra lo miraba, como si hubiera corrido para alcanzarlo.

"¿Eso es lo que quieres decir entonces?", dijo Héctor. "Qué manera más extraña de hablar", pero sonrió mientras se paraba, y se estiró y dejó que uno de sus brazos me rodeara con camaradería.

Ay, qué bonito bailar. No salía a bailar desde que Robert y yo habíamos empezado a ser infelices. Héctor conocía a un montón de gente en el lugar al que fuimos, y cada poco parábamos y hablábamos con ellos. Hablaban con Héctor en español, pero cuando él apoyaba su mano en mi hombro y respondía en inglés, todos cambiaban y se pasaban también a ese idioma, excepto una chica morena diminuta que se hizo la estrella y, con una vocecita de bebé ronco, siguió hablando con Héctor en español. "Su primo en Queens tiene un Corvette del 62 que me gustaría comprarle", me explicó Héctor. "Y me acaba de decir que está pensando en vendérmelo".

Héctor nos compró botellas de Coca-Cola y se terminó la suya de un solo trago, mientras yo miraba como tiraba su cabeza hacia atrás y como su garganta subía y bajaba. "¿Tomas drogas?", le pregunté.

"Trato de mantenerme alejado, en general". De pronto se había puesto muy serio. "Uno cree que puede hacer un montón de cosas sin que te pasen factura, pero no es más que una ilusión. Uno de mis mejores amigos estaba muy metido y murió. Todos pensaban que era alguien muy feliz. Uno ve gente, habla con ellos: sus caras dicen una cosa pero nunca se sabe qué les pasa por dentro". Por un momento, Héctor pareció casi incandescente, pero después sonrió

con impaciencia en dirección a la pista de baile, dejando de lado su confiada seriedad. "Sea como sea", dijo, "me gusta mantenerme en forma". Un destello escapó de la cadenita de oro en torno a su cuello y enseguida aparté la mirada.

"Disculpa", dije. "Vuelvo en un segundo". Me abrí paso a empujones entre los bailarines y me senté cerca de la pared. Cuando cerré los ojos logré sentirme a solas conmigo misma por un momento, pero cuando volví a abrirlos me descubrí mirando directamente a la multitud inmensa, movediza, justo donde Héctor estaba parado escuchando con mucha atención a la diminuta chica morena. Le sonreía, y mientras lo hacía él parecía alguien muy respetable y fraternal, pero después, de pronto, resplandeció en una carcajada de puro agradecimiento.

Fui al baño de mujeres y me sostuve una toalla de papel sobre la frente mientras una horda de chicas empujaba y reía a mi alrededor. Mantenerse en forma, pensé. ¡Qué significaba eso! ¿Se suponía que yo tenía que admirarlo? ¿Y, de todos modos, quién era Héctor? ¿Qué miércoles pensaba que estaba haciendo yo ahí con él? ¿Creía que me sentía atraída por él? ¿Y por qué había charlado con él de esa manera durante la cena? ¡Si no era más que un chico cualquiera que mi compañera de piso había conocido por la calle! Y, el espejo me lo recordó enseguida, yo tenía puesto el mismo vestido horrible de oficinista que llevaba cuando me senté junto al señor Bunder, años luz atrás, ese mismo día. Héctor encajaba a la perfección con esa chica con la que estaba coqueteando, o con alguien como Cinder, pero no con alguien como yo, y yo podía darme cuenta de eso y él podía darse cuenta de eso, y si él estaba intentando probarle algo a Cinder, claramente había elegido la chica incorrecta para hacerlo.

Mientras caminaba hacia la salida, miré hacia atrás y vi a Héctor en medio de la multitud, luchando por acercarse a mí. Y aunque por el volumen de la música no pude escucharlo, supe que estaba

gritando mi nombre y llamándome. Me quedé parada en medio del aire frío y, muy despacio, cerré la puerta y le di la espalda al lugar palpitante de gente, y me quedé mirando, como un científico miraría el final de un experimento, cómo las expresiones en la cara de Héctor cambiaban de la sorpresa al desconcierto y del desconcierto a la preocupación y de la preocupación a… ¿a qué? ¿Estaba enfadado? ¿Ofendido? ¿Aliviado?

En el metro, pensé que si Héctor hubiera estado ahí conmigo, si hubiéramos estado volviendo juntos a casa, al Downtown, los dos cansados de bailar, hubiéramos parecido dos personas en armonía. Su mirada relajada, calmada, mientras se reclinaba para apoyar la cabeza contra la pared del vagón, hubiera combinado perfectamente con la mía, y nuestros hombros hubieran estado tan cerca como para que yo pudiera sentir el calor disipándose de su brazo, mucho más pálido y pequeño.

Había un grupo de chicas haciendo equilibrio cogidas de una de las barras del vagón. Eran delgadas y morenas, como la chica con la que Héctor había estado hablando, y, como ella, tenían las uñas brillantes y muy largas. Sus muñecas parecían maravillosamente frágiles y sus pies, recubiertos de cuero reluciente, eran como pequeñas pezuñas. Yo nunca quise ponerme a competir con una chica así, pensé, enfurecida.

Cuando volví al piso lo único que quería era estar sola, pero Mitchell estaba en la cocina empujando algo con un canutillo sobre un pequeño espejito de mano y Cinder estaba tirada en el suelo con el vestido azul pavo real puesto.

"El vestido con la costura torcida", dije.

"¿La señora desea otra esnifada?", preguntó Mitchell mientras le ofrecía el espejo a Cinder.

"Dios Santo, no, gracias", dijo Cinder dándose la vuelta y quejándose. "Ni siquiera sé qué es esa cosa".

"*Drug du jour*", dijo Mitchell. "Estaba en liquidación".

"Mitchell, por Dios", dijo Cinder. Mitchell tenía razón. El vestido le quedaba mucho mejor a Cinder.

"Charlie", dijo ella girando hacia donde yo estaba. Pude ver que había estado llorando. "Charlie, ¿puedo preguntarte algo? ¿Los hombres siempre te dicen que eres muy buena en la cama, que eres la mejor?"

Solo pasó un instante antes de que supiera qué responder. "Siempre", dije. "Los hombres siempre dicen eso".

"Qué psicópatas", dijo Cinder. "No son más que una panda de psicópatas".

"Puedo inferir que no lo pasaste bien con John Paul", dije, aunque en realidad no quería saber nada al respecto.

"Es una buena manera de resumirlo", dijo Cinder. "¿Ves esas cosas ahí en el suelo? Eso es todo lo que queda de mi precioso bol de cerámica. Ay, Charlie, como me hubiera gustado que estuvieras aquí. Te juro que te necesité".

"Es que también me necesitaban en otro lugar", dije. "¿Te acuerdas de Héctor?"

"¿Héctor?", dijo ella. "¿Qué has estado haciendo con Héctor?"

"¿Que qué he estado haciendo con Héctor?", dije yo. "¿Cómo podría saber qué he estado haciendo con Héctor? ¡Te he estado haciendo un favor! ¡Eso es lo que he estado haciendo con Héctor!"

"¿Cuál es tu problema, Charlie?", dijo Cinder. "¿Estás enfadada conmigo?"

"No, para nada", dije. "Pero por favor deja de llamarme de esa manera, no me llamo así, me llamo Charlotte".

"Ay, vamos, hablemos", dijo Cinder. "Cuéntale a Cinder por qué reaccionas como si tuvieras un grano en el culo".

"No tengo un grano en el culo, sea lo que sea que quieras decir con eso", le respondí. "Qué grano en el culo ni qué grano en el culo. Es solo que me he encargado de sacar a Héctor de aquí para que

pudieras estar con John Paul y ni siquiera te dignas a decir 'Gracias, Charlotte, realmente aprecio lo que has hecho'".

"Gracias, Charlotte, realmente aprecio lo que has hecho", dijo Cinder. "Charlie… perdón, Charlotte, eres mi mejor amiga. ¿Cuál sería el sentido de tener que decirte 'Gracias, Charlotte', cada vez que haces algo por mí? Haces miles de cosas por mí".

"Bueno", dije.

"De la misma forma que yo hago miles de cosas por ti. Quiero decir: sabes que yo hago cosas por ti porque me preocupo por ti y porque quiero hacerlas, no porque sienta que *tengo* que hacerlas o porque quiera que quedes en deuda conmigo. Así que no es necesario que estés todo el tiempo diciendo 'Gracias, Cinder, por dejarme venir a vivir contigo cuando no tenía adonde ir… Gracias Cinder por cargarme contigo a todos lados y presentarme a todos tus amigos'. Yo sé que me estás agradecida así como yo te lo estoy. Pero ese no es el tema".

"Bueno, sí, lo sé", dije. ¿Cuál era el tema? "De todos modos…"

"Y además", dijo Cinder. "Te he pedido que sacaras a ese chico de aquí pero de ninguna manera te he pedido que pasaras el resto de tu vida con él. En fin, ¿qué habéis estado haciendo?"

"Hemos ido a cenar".

"¡A cenar! ¡Increíble!"

"No veo cuál puede ser el problema", dije. "La gente cena todas las noches. Y, además, tenía que hacer algo para que no volviera. Y después…" —bueno, listo, qué importa, pensé— "y después hemos ido a bailar".

"¡No me lo puedo creer!", dijo Cinder. "Me lo imagino. Uno de esos lugares llenos de latinas con los vaqueros planchados y tacones, los chicos llenos de cadenas y colgantes…"

"Lo que estás diciendo es…" dije. "Lo que estás diciendo es…", trataba de atrapar la sensación que ondulaba bajo mi mano, la sensación del dorado sobre la piel de Héctor mientras él tomaba

su Coca-Cola y reía con la chica diminuta, pero la sensación se esfumó y me dejó solo con la imagen vacía.

"Uno de esos lugares donde todos bailan súper coreografiados, uno de esos lugares donde ponen ese *rock* comercial de mierda que pasan en las radios…", decía Cinder.

"Uno de esos lugares donde todos son bilingües", dije. "Además, cuál es el problema, la que iba a salir con él eras tú".

"Salir con él, sí, pero no necesariamente a un lugar público. Quiero decir, por Dios, Charlie… Charlotte… has sido tan buena con él".

"En realidad", dije, y de pronto una idea me dejó paralizada, "él ha sido bueno conmigo". Miré a Cinder horrorizada, volviendo a ver la angustia en la cara de Héctor mientras yo cerraba la puerta y lo dejaba atrás a él y a todo ese lugar lleno de bailarines. "Él ha sido bueno conmigo y yo simplemente me he ido y lo he dejado".

"Bueno", dijo Cinder. "Va a sobrevivir".

"Puede que haya herido sus sentimientos", dije. "Lo que he hecho ha sido algo bastante cruel".

"No ha sido tan cruel", dijo Cinder. "Y, además, tienes razón, era a mí a quien había invitado a salir".

Mi cerebro empezó a dar vueltas dentro de mi cráneo, inventariando una y otra vez su contenido. "Lo voy a llamar y le voy a pedir disculpas", dije mientras revolvía mis bolsillos buscando el pedazo de papel donde Héctor había anotado su número.

"Por Dios", dijo Cinder. "¿Te ha dado su número?"

"A decir verdad…", dije. Y después por varios segundos no pude decir nada más. "Me ha dado su número para que te lo diera. Me ha dicho que lo llamaras".

"Charlotte", dijo Cinder y giró hasta quedar boca arriba. "Te gusta".

"Es un hombre de lo más normal", dije con un chasquido. "Ni me gusta ni me disgusta".

"¿Hombre?", dijo Cinder. "Con suerte acaba de pasar por algún rito de pubertad que implicó sacrificar un cerdo o algo por el estilo".

"No seas ridícula", dije. "Está estudiando Ingeniería en Sistemas. ¿Y sabés qué, Cinder? Eres una racista…"

"¡Racista!", dijo ella. "¡Explícame de *dónde* sacas semejante cosa!"

"Porque piensas que puedes decir cualquier idiotez sobre él solo porque es puertoriqueño. No te lo tomas en serio porque es puertoriqueño…"

"No tiene nada que ver con que sea puertoriqueño", dijo ella.

"Nada que ver con que sea puertoriqueño", repitió Mitchell y al escuchar su voz tanto Cinder como yo nos giramos para mirarlo. "Nada que ver con que sea puertoriqueño, porque no es puertoriqueño, es *como* un puertoriqueño, pero en realidad es cubano".

"¡Cubano!", dijimos Cinder y yo al unísono.

"Por lo menos eso es lo que me contó cuando estábamos esperando a Cinder", dijo Mitchell. Sus ojos iban y venían de Cinder hacia mí, mientras nosotras dos lo mirábamos fijamente. Tenía la cara muy blanca y resbaladiza como un azulejo de baño. "Héctor", dijo por fin. "Hablabáis de él, el chico que antes estaba aquí, el cubano".

"¡El cubano!", chilló Cinder. "¡Muy bien, felicidades, Charlie! ¡El cubano! ¿Quién es la racista ahora? ¿Eh?".

"¿Por qué no te levantas del suelo?", le pregunté. "Estás ensuciando el vestido".

"Ay, basta, Charlotte", dijo Cinder, pero se levantó y, por un instante, pareció que iba a volver a caerse. "No entiendo por qué todo esto te molesta tanto. ¡Es tan *divertido*!"

Divertido, pensé. Era divertido.

Pero no era *tan* divertido. "Ese vestido no tiene nada malo, no está roto, no hay que arreglarlo, ¿o sí?", dije. "Y además…", me detuve para respirar. "Además, Héctor no cree que yo parezca el esqueleto de un dinosaurio…"

"¿El esqueleto de un dinosaurio?", dijo Cinder. "¿De qué mierda estás hablando, Charlotte? ¿Por qué alguien pensaría que pareces un esqueleto de dinosaurio? ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué siempre

actúas como si todos quisiéramos hacerte daño? Te sientas ahí con la boca abierta y con el dedo en la nariz y pones cara de que no sabes nada, de que no entiendes nada, de que no puedes hacer nada y todo el día me pides que te explique lo que está pasando. Pero en realidad no quieres que te lo explique, para nada. En realidad, no te importa lo que pienso. No te importa lo que Mitchell piensa. Solo te gusta hacer que la gente crea que eres alguien completamente patético para que todo el mundo se sienta mal y te tenga lástima y de esa manera no tener que prestarle atención a nadie. ¡Eres como uno de esos animales que se cuelgan de los árboles y se hacen los muertos así nadie les dispara! Y, como amiga, eres pésima".

La miré fijo.

Dios mío, sí.

Pero era demasiado tarde para que yo pudiera hacer algo respecto a ser una mala amiga. Y me quedé mirando y mirando la pequeña e infeliz cara de Cinder y después busqué mi maleta en el armario y empecé a revolver los estantes y a tirar cosas adentro. Ah ¡y el señor Bunder! ¡Héctor! Cinder tenía razón. De pronto la vergüenza inundó todo mi cuerpo.

"Charlotte…", dijo Cinder, pero no había nada más que yo necesitara saber, y como si una fuerza increíble se hubiera apoderado de mí, con un movimiento del brazo terminé de sacar todas las cosas del estante y las tiré al interior de la maleta. "Charlotte, perdóname. Solo quería decir que tienes una opinión demasiado pobre de ti misma. Tienes que intentar ser más positiva sobre tus cosas".

"Mejor fíjate si Mitchell está bien", dije mientras miraba alrededor para ver si me olvidaba de algo. "Porque me parece que se encuentra mal".

"¿Mitchell, estás bien?", dijo Cinder.

"No tengo muchas ganas de hablar ahora", dijo Mitchell.

"Perfecto", dijo Cinder. "Qué noche más perfecta. Una amiga tirando cosas por todos lados como si fuera Joan Crawford y otro

amigo completamente dado vuelta. Por favor, Charlotte. Por favor, cálmate un poco y deja tus cosas ahí. John Paul seguro que aparece en cualquier momento para disculparse y él odia que todo esté desordenado".

Y, por Dios, casi me olvidaba de mi fotografía de Robert. Y, de todos modos, ¿qué hacía ahí colgada la fotografía de Robert, como si fuera el presidente de una compañía? La arranqué de la pared con las dos manos y la rompí por la mitad. "Oh, Charlotte", dijo Cinder, pero para mi sorpresa, no me había importado en lo más mínimo. Y además Robert nunca se había parecido mucho a como salía en esa foto. Salía como a mí me hubiera gustado que fuera, pero él nunca había sido así.

"A ver, todos", dijo Cinder, "tratemos de comportarnos como gente normal, ¿vale? Relajémonos un poco, abramos una cerveza o algo para beber, ¿Mitchell?, ¿cerveza?", preguntó mientras levantaba una botella y se la mostraba, pero Mitchell no le prestó atención, parecía estar tratando de captar una señal muy lejana.

"¿Charlotte? ¿Cerveza?", me dijo, pero mi mente también estaba muy lejos de allí y no me giré cuando ella dijo "A la mierda, ¡salud!" ni la vi reclinar hacia atrás su cabeza y beber a morro, haciendo como si todo estuviera perfectamente bajo control. Y sí, Cinder podía hacer como si todo estuviera bajo control, podía hacer como si todo estuviera exactamente como ella quería, pero yo lo único que deseaba era que todo estuviera exactamente tal como era, fuera eso lo que fuera. Y recuerdo con tanta claridad ese momento ahí parada con mi maleta entre las piernas, con un pedazo de la fotografía de Robert en cada mano, mis piernas temblando y mi corazón latiendo lleno de un júbilo oscuro, como si yo, en la gracia de un instante, hubiese sido liberada de un peligro mortal.

(1984)